

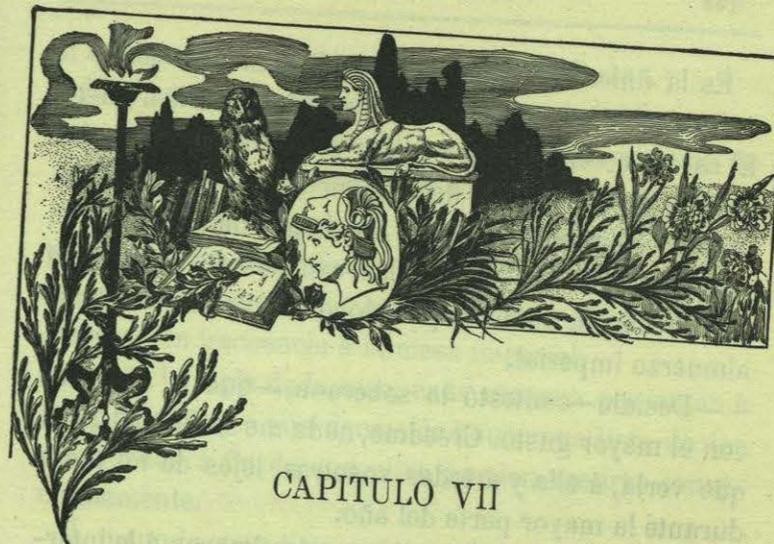
paciosos; sólo los uniformes extranjeros ocupan dos cuartos vastísimos.

Como se ve, Guillermo II no imita en todo á Federico el Grande, cuya ropa exterior, incluso los calzones y las botas que llevaba en Rosbach, fué vendida á un preñero por trescientos táleres (1).

Además de los uniformes militares, el kaiser posee una infinidad de trajes de paisano, ordinarios y especiales de *sport*, y una inmensa variedad de sombreros, guantes, corbatas y calzado.

En el Palacio Nuevo, los uniformes prusianos ocupan una pieza inmensa, en la que hay constantemente de guardia dos ayudas de cámara, prontos á secundar á Su Majestad en sus frecuentes y rápidas transformaciones.

(1) Táler, moneda de Alemania equivalente á tres pesetas, cincuenta céntimos.



CAPITULO VII

La mesa imperial. - El desayuno. - Quejas de la emperatriz. - Apuros del mayordomo de palacio. - Las comidas. - Platos favoritos de Guillermo. - Cu-chillotenedor. - Bebidas usuales del kaiser. - Las bodegas de palacio. - Comidas tarifadas. - Lista civil. - Fortuna personal del emperador. - Guillermo II industrial y comerciante. - Afición de los Hohenzollern á la crónica escandalosa y á la literatura pornográfica. - La *Tassen Zimmer*. - Recepciones en la corte. - Cómica aventura de la condesa de Arnim. - Egoísmo y arrogancia del kaiser. - Comparación desventajosa para éste. - Las grandes fiestas de la corte. - La servidumbre de palacio. - Su organización. - Complicaciones y extravagancias en la administración de la casa imperial.

Ya hemos dicho que Guillermo II es madrugador, y por esta razón se desayuna temprano, solo con la emperatriz.

Ésta prepara y sirve en persona el café á su esposo, pues ningún criado es admitido á aquellas horas en el lindo comedor particular de los soberanos, tapizado de seda gualda y adornado con varios cuadros de Watteau, Pesne, Lancret y otros maestros de la pintura.

El desayuno es copioso: además del café, se compone de huevos, fiambres, pescado, jamón, confituras y otras viandas.

Es la única comida íntima de Sus Majestades, y la única que la emperatriz toma verdaderamente á gusto. El carácter ceremonioso y más ó menos oficial de las demás, distan mucho de agradar á Augusta Victoria.

En cierta ocasión, una de las damas de honor de Su Majestad fué á presentarle las excusas de la condesa de Brockdorff, dama de palacio, que no podía asistir al almuerzo imperial.

—Decidle—contestó la soberana,—que la dispense con el mayor gusto. Creedme, nada me sería más grato que verla, á ella y á todas vosotras, lejos de mi mesa durante la mayor parte del año.

Estas palabras sorprendieron y lastimaron á la interlocutora, que replicó:

—Si Vuestra Majestad hablase en serio, le suplicaría que me dejase retirar. Estoy segura de que la condesa y sus compañeras harían otro tanto, puesto que tenemos la desgracia de disgustar á Vuestra Majestad.

—Interpretáis mal mis palabras—contestó Augusta Victoria.—Os quiero mucho á todas. Pero toda mujer, aunque sea emperatriz, desea poseer de vez en cuando á su marido. Millares de veces, he rogado á Su Majestad que hiciese, además del desayuno, una comida en familia, solo, conmigo y nuestros hijos. Mis súplicas siempre han sido vanas, á pesar de recordarle la vida feliz que se llevaba en casa de sus padres, donde, á menos de haber convidados, el príncipe, la princesa imperial y sus hijos ocupaban una mesa, mientras que su séquito comía en una mesa aparte. ¡Ay! Á esto el emperador contesta que comparar su corte con la de sus padres, es tan ridículo como comparar el tren de casa de cualquier principillo con el de Luis XIV.

Las quejas de la emperatriz son muy justas.

En efecto, exceptuando el desayuno, todas las comidas, en palacio, son presididas por el mayordomo de servicio, y á ellas han de asistir dos ayudantes de campo, la dama mayor de palacio, otras dos damas de honor, un chambelán del kaiser y uno de la emperatriz. Además, los miembros del círculo de Sus Majestades se sientan con frecuencia á la mesa imperial.

Según la regla de la casa, cada mañana presentan á la emperatriz y á sus damas de honor una lista de los convidados á fin de que ellas puedan vestirse convenientemente.

Á menudo esta lista sufre modificaciones á última hora, pues el emperador invita de improviso al canciller, á tal ó cual príncipe que viaja de incógnito, á algún joven y brillante oficial que encontró paseándose á caballo.

Si esto pone en un apuro á su esposa y á sus damas de honor, peor para ellas; y en cuanto á los cocineros, tienen obligación de estar siempre preparados para vencer las dificultades más imprevistas.

El que más sufre por estas invitaciones de última hora es el mayordomo. Hay que ver la cara que pone cuando, un cuarto de hora ó diez minutos antes del almuerzo ó la comida, se ha de añadir media docena de cubiertos y á veces más. No ofrece pocas dificultades agrandar una mesa ya preparada. Á menudo, hay que cambiar toda la disposición de los cubiertos, á causa de la preferencia á que cada comensal tiene derecho sobre otro por la antigüedad de su nobleza, por su grado ó por sus condecoraciones. ¡Qué trabajo y, sobre todo, qué responsabilidad para el pobre mayordomo! Así es

que, por grandes que sean su memoria, su capacidad y su paciencia, no puede evitar la comisión de faltas.

El conde Perponcher, mayordomo de Guillermo I, durante la estancia del zar Alejandro en Berlín en 1888, colocó á Bismarck, en una comida oficial, entre los representantes de la pequeña nobleza, dando la preferencia á algunos personajes de mediana importancia, porque sus nombres figuraban en la primera parte del almanaque de Gotha, mientras que el nombre del canciller no figuraba más que en la segunda. En aquel momento, el príncipe no protestó; pero, un año después, en agosto de 1889, cuando Francisco José visitó al nuevo emperador, tomó su revancha.

Eulenburg, sucesor de Perponcher, recibió la orden de colocar al príncipe en el sitio que le correspondía, enfrente de los dos emperadores. Y, para acentuar aún más su situación en la corte y en el Estado, Bismarck llegó adrede dos minutos después de empezada la comida.

Eulenburg no ocultó su cólera, pero el terrible canciller la calmó en seguida diciéndole: *Quod licet Jovi, non licet bovi* (1).

En las comidas de palacio falta generalmente animación.

Las mujeres, en traje de gala ó de media gala según las circunstancias, permanecen tiesas como si llevaran corsés de hierro; los oficiales usan también corsé como las mujeres, y los altos funcionarios llevan uniformes tan apretados que apenas pueden respirar.

El emperador y la emperatriz, sentados uno enfrente

(1) Lo que es lícito á Júpiter no lo es al buey.

de otro, se muestran tan ceremoniosos como sus convidados.

Éstos se hallan suspendidos de los labios imperiales. Á cada instante, temen que Sus Majestades les dirijan la palabra, y espían el momento en que el kaiser dé la señal de reirse.

Durante las comidas es cuando Guillermo II despliega sus cualidades de hablador ameno.

Augusta Victoria sabe que en esto no puede rivalizar con su marido y no trata de brillar por su conversación, sino que se limita á dirigir de vez en cuando, á media voz, algunas palabras á sus damas de honor. Procura que no se le escape ninguna chanza de su esposo. Raras veces el emperador le habla directamente, á no ser para decirle que su vestido le gusta ó le disgusta. Si ella se aventura á hacerle alguna tímida pregunta, él le contesta en un tono poco amable que le quita las ganas de reincidir, ó finge no haberla oído. En estos casos, la soberana debe sufrir cruelmente en su orgullo. Sin embargo, se contiene y fija, sonriendo, sus ojos grises en su augusto marido y señor.

So pretexto de animar la conversación, Guillermo II dice todo cuanto se le ocurre. Sus humoradas van generalmente dirigidas á sus ayudantes, y provocan una carcajada universal, tan pronto como él se ríe estrepitosamente. La persona á la cual se ha dirigido el emperador debe contestarle en el mismo tono.

Nada le gusta tanto á Su Majestad como una réplica viva, graciosa y oportuna. Desgraciadamente, estos rápidos diálogos no siempre brillan por el gracejo.

Guillermo II no es gastrónomo ni glotón. Pero tiene buen apetito y come con una rapidez que causa funda-

damente la desesperación de más de un convidado, porque la etiqueta de palacio exige que los criados quiten los platos de todos los comensales tan pronto como el kaiser ha vaciado el suyo.

Cuéntase, á este propósito, que el emperador tenía un día á su mesa al almirante D..., viejo lobo marino cuyo carácter abierto, y franco modo de hablar gustaba mucho al soberano.

Durante la comida, sirvieron un plato que hacía las delicias del almirante, gastrónomo de primera. Pero Guillermo no cesaba de hacer preguntas al marino, quien, ocupado en contestar, apenas había tenido tiempo de probar su manjar predilecto cuando el emperador acabó de comer y los criados se apresuraron á cambiar los platos. Al ver una mano pronta á arrebatarse el suyo, el almirante le dió con el tenedor un fuerte pinchazo en los dedos, diciendo, rojo de cólera: «¡Largo de aquí!» Y acabó de comer su ración en medio de una carcajada general.

El emperador prefiere los platos caseros á los manjares complicados. Le gusta sobre todo el *pot-roast*, especie de rosbif preparado á la moda vienesa; el pollo á la *paprika* (pimienta húngara); el *wiener-schnitzel* (lonjas de ternera), y los platos nacionales, como sopa de cerveza y *choucroute*.

Tiene la singular costumbre de comer varias clases de pan, desde el más blanco hasta el más moreno, desde el indigesto *muffin* inglés hasta la torta de anís especialmente fabricada para él.

Guillermo puede manejar á su antojo la espada, el cetro ó la pluma, pero no puede manejar simultáneamente un cuchillo y un tenedor ordinarios, á causa de

la imperfección de su brazo izquierdo, así es que, para comer, se sirve de un cuchillotenedor, ingenioso instrumento inventado para su uso y que le permite trincar y comer las viandas con la mano derecha sola, sin ninguna dificultad aparente.

La bebida usual del kaiser es la cerveza. Pero también le gusta la sidra y no detesta los vinos del Rhin ni los de procedencia extranjera. En cuanto al champaña, se sirven en su mesa varias marcas, y principalmente una de fabricación alemana; pero esta última parece servir sobre todo de reclamo nacional, porque, olvidando sus antiguos anatemas, el emperador no vacila en deleitarse ostensiblemente ni en obsequiar á sus convidados con los mejores vinos de pasto y champañas de cosecha francesa.

Guillermo tiene bodegas bien provistas de excelentes vinos.

Las del Palacio Real de Berlín no son menos célebres por su buena disposición que por la riqueza de sus existencias.

Cada botella de vino precioso se halla rodeada de una ingeniosa armazón metálica y provista de una etiqueta en que consta el nombre del vino, su edad, su precio, el número de botellas de la misma clase y otras indicaciones útiles. Gracias á esta prudente contabilidad, se evitan desagradables *filtraciones*.

Á fin de evitar despilfarros y no hallarse á merced de la servidumbre, el kaiser tiene establecido un reglamento severo para todos los gastos de mesa. Así es que el desayuno está tarifado á dos marcos por cubierto, el *lunch* de la tarde á cinco marcos y la comida á diez. Excepto para las comidas de gala sometidas á una tari-

fa especial, las jefes de cocina no deben excederse de estos precios en sus facturas, so pena de tener que pagar de su bolsillo la diferencia.

Aunque pródigo por temperamento, Guillermo II se ha visto obligado á restringir considerablemente sus gastos ordinarios, por falta material de recursos.

No cobra un céntimo como emperador. Cierto es que como rey de Prusia percibe unos quince millones de francos, los cuales, unidos á los tres millones que el Reichstag vota cada año para sus gastos de representación, suman una cantidad imponente. Pero, deducidos los gastos de su incumbencia, las subvenciones, las liberalidades de toda especie que sus funciones de soberano y su amor al fausto requieren, no queda gran cosa. Y el kaiser apenas tiene fortuna personal. La mayor parte de la sucesión de Guillermo I recayó en su hermano, el príncipe Enrique de Prusia. Cierto es que diferentes herencias han venido á aumentar, en diversas ocasiones, el peculio imperial, como la herencia de la emperatriz viuda de Federico III y unos cuantos millones procedentes de la sucesión de la reina Victoria. Los principales recursos personales de Guillermo consisten en rentas agrícolas.

El kaiser se jacta de ser uno de los mayores propietarios rurales de Alemania, y posee, en efecto, un centenar de haciendas, unos cincuenta castillos y una quinena de bosques. Pero, como la agricultura atraviesa en Alemania la misma crisis que en el resto de Europa, esas propiedades inmensas, que exigen una costosa conservación y están administradas por un ejército de intendentes, inspectores y funcionarios, resultan de un rendimiento escaso. Y la vida cuesta cada día más cara,

y las ambiciones del kaiser son insaciables. De ahí la necesidad de elegir entre hacer economías ó apelar á los expedientes. Con muy buen acuerdo, Guillermo II eco-



El emperador Guillermo II y su primogénito

nomiza lo que puede y, además, procura ganar dinero, á cuyo fin se ha hecho industrial y comerciante.

Posee en Cadinen una fábrica y grandes almacenes de porcelana, y él mismo los administra, elige el personal, fija los precios, y hasta inspira la forma y dibujos de los objetos que allí se fabrican. Esta fábrica le

produce un beneficio de doscientos mil marcos anuales. Pero volvamos á nuestra interrumpida descripción de las comidas de palacio, que tienen su epílogo en la *Tassen Zimmer*, pieza así llamada porque ofrece la forma de una taza.

Después de servido el café en esta rotonda, el emperador se retira con los hombres á la sala de billar; y allí, sentado sobre el billar mismo, con una pierna tendida y la otra colgando como un péndulo que se mueve en todas direcciones, conversa con sus convidados y con sus ayudantes. Éstos procuran distraerlo enterándole de los últimos éxitos de café-concierto ó de circo, ó bien contándole historias verdes, tales como circulan en las mesas redondas de oficiales.

La afición á la crónica escandalosa y á las anécdotas picantes es uno de los flacos de los Hohenzollern.

Los escritores de la época del gran Federico concuerdan en decir que este rey evitaba las reuniones de mujeres porque, en su presencia, se veía obligado á contenerse; y Federico Guillermo IV era aficionadísimo á la literatura pornográfica antigua y moderna.

Guillermo II sigue el ejemplo de sus antecesores. Á veces, la crudeza de su lenguaje es inaudita.

Hace ya algunos años, el comandante von Falkenhayn, ayo de los hijos mayores del emperador, quejóse un día á Su Majestad de que su primogénito empleaba, delante de sus hermanos y compañeros, una palabra muy fea.

—¡Diantre!—exclamó el emperador;—hay que corregirlo. Pero, ¿dónde habrá podido aprender un lenguaje tan feo, ese pequeño...?

Y, precisamente, el sustantivo que añadió era la pala-

bra que el comandante von Falkenhayn reprochaba al hijo del kaiser.

Á menudo, mientras el público supone al kaiser absorbido por los sucesos y cuestiones del día, Guillermo se halla simplemente sentado sobre su billar, en la actitud descrita, fumando cigarrillos y escuchando todos los chismes que circulan sobre los cortesanos, sobre las personas notables de la ciudad, ó sobre tal ó cual personaje extranjero.

Mientras tanto, la emperatriz permanece en la *Tassen Zimmer*, confeccionando trajes bastos para los asilos de huérfanos ó hablando de cosas religiosas con su mayordomo, el barón de Mirbach, ó con su consejero íntimo y confidente Knesebeck.

¡Qué contraste entre la actitud y la ocupación de ambos soberanos, cuando, por la puerta abierta de la sala de billar, llega hasta la rotonda el eco de alguna maliciosa alusión á la mujer ó á la hija de un amigo!

Dicen que basta divertir al emperador con algún cuento verde, para ser invitado á acompañarlo en uno de sus cruceros por el mar del Norte; y hay quien afirma que algún embajador ha debido su nombramiento á un notable repertorio de porquerías por él contadas al soberano.

Á veces, el emperador trata con ligera desenvoltura algunos actos de sus altas funciones.

La víspera de una recepción de Año Nuevo, en que habían de desfilir más de seis mil personas por delante de Sus Majestades, Guillermo dijo al conde Eulenburg, mayordomo de palacio:

—Quisiera aburrirme lo menos posible en la recepción de mañana.

—Á las órdenes de Vuestra Majestad—replicó Eulenburg.

Esta contestación hizo entrar en curiosidad al kaiser, que dijo á la emperatriz:

—¿Qué diablos se propondrá hacer Eulenburg? Le he preguntado si había medio de que la recepción de mañana no fuese tan fastidiosa como de costumbre, y se ha sonreído de una manera afirmativa. Supongo que no va á contratar ninguna comparsa de mendigos disfrazados de diputados socialistas para hacerlos desfilar ante el trono.

El mayordomo no se proponía forzar la nota hasta tal extremo. Sólo esperaba que entre las personas admitidas á presentar sus respetos á los soberanos, habría alguna susceptible de servir de diversión. Y así fué. Al presentarse, en la recepción, la condesa de Arnim, cuya miopía era proverbial, la dejó avanzar sola hacia el trono, contra costumbre, y la pobre señora pasó gallardamente por delante de Sus Majestades sin saludar. Todo el mundo se miró asombrado. Pero el emperador tomó el incidente á risa y gritó con voz penetrante:

—¡Adiós, señora!

En aquel momento, la condesa, que había llegado delante del hueco de una ventana provista de cortinajes, se inclinaba profundamente, creyendo encontrarse delante del trono. Al oír las palabras sarcásticas del kaiser, la condesa comprendió su error, y su emoción fué tan grande que le produjo un desmayo.

Al día siguiente volvió á palacio, á fin de rogar á la condesa de Brockdorff que transmitiese sus excusas á Sus Majestades, y no fué poca su sorpresa al enterarse de que el kaiser había dado orden de invitarla á comer.

—El emperador querrá «divertirse otra vez conmigo,»—exclamó la pobre señora.

—De ningún modo—replicó la condesa de Brockdorff;—desea simplemente daros las gracias por haberle distraído un rato en la fastidiosa recepción de la corte.

—Ni más ni menos, condesa—afirmó Eulenburg, que entraba en aquel momento.—Y para probaros mejor los sentimientos que abriga por vos, Su Majestad me encarga que invite igualmente á vuestra simpática hija.

Esto prueba, una vez más, que Guillermo trata bien á quien le divierte, y da también la medida de su egoísmo.

El amor á su persona dicta, en cada circunstancia, la mayor parte de sus actos, y se sirve de su posición suprema como de una maza con que, nuevo Hércules, aplasta á cuanto le rodea.

Por esto ama á sus hijos de un modo muy particular.

Nos resistimos á creer lo que dice el historiógrafo alemán Klausmann cuando afirma que Guillermo corrige á sus hijos á palos, aunque la costumbre de pegar á los niños es una manía que en Alemania no está reñida con el amor paterno, y que los Hohenzollern han venido trasmitiéndose de generación en generación. Federico el Grande recibió grandes azotes de su padre, y Guillermo se cree en la necesidad de corregir á la gente menuda con castigos corporales. Sea como fuere, el actual emperador tiende á convertir en grandeza y gloria personal todas las cosas de la vida. No hay fatuidad comparable á la de ese padre que, cogiendo por la mano á un hijo de diez años, lo presenta á un regimiento de veteranos en estos términos:

—El momento en que el príncipe Alberto entra á for-